

mejor conocido de nosotros, habiendo contado extensamente su historia Josefo, que había tomado parte en aquella guerra. No podemos, empero, resumir su narración, pues para hacerla comprender tendríamos que entrar en pormenores de topografía y máquinas de guerra, que exigirían un espacio de que, mal que nos pese, no disponemos. Diremos en pocas palabras que los trabajos de los romanos fue-

ron inmensos, y la resistencia de los judíos igual ó superior á todo lo que el heroísmo pudo jamás realizar en cualquiera otra parte del mundo.

Bien que Vespasiano, hubiera reunido lo que llamaríamos una artillería formidable, hubo menester Tito seis semanas para abrir brecha en el primer recinto y tomar el arrabal de Bezetha. La ciudad baja parecía ganada; pero



Tito Vespasiano (Busto del Capitolio, sala de Emperadores, núm. 22)

cada casa vino á ser una fortaleza y otra muralla la defendía; por lo cual no pudieron los romanos apoderarse de ella sino al cabo de nueve días de porfiada lucha.

A los males de la guerra, todavía se añadieron los del hambre. Habiendo comenzado el sitio durante las fiestas del tiempo pascual, hubo de quedar dentro de la plaza una multitud innumera, y los víveres se consumieron pronto, no sólo por las necesidades del gentío extraño, sino también por la orden de entregar á los soldados lo que tenían en reserva los demás. La miseria llegó á tal extremo, que una madre devoró á su propio hijo. Con esto muchos procuraban huir; pero los que podían burlar la vigilancia de los centinelas de los muros, caían en poder de los romanos, los cuales los crucificaban, viniendo así á perecer hasta quinientos diarios.

Tito ofrecía tratar. «La casa de Dios no puede perecer,»

contestó Juan con fiero entusiasmo. Y continuó la lucha durante mucho tiempo aún, sobre las ruinas de los muros y en medio de los humeantes restos de los pórticos del templo. El general romano hubiera querido de buen grado respetar el célebre santuario; pero un soldado, dice Josefo, impelido como por divina inspiración, arrojó una tea inflamada á una de las salas que rodeaban el templo; el fuego se propagó rápidamente en todas direcciones, y ávidos los judíos de una muerte que les abría el cielo, se precipitaron entre las llamas y las espadas de los romanos (1).

(1) Tácito, *Hist.* V, 5. Sulpicio Severo (II, 30, 6) supone que Tito hizo que se decidiera en un consejo de guerra la destrucción del templo «á fin de arrancar la última raíz de las supersticiones judías y cristianas;» pero es más probable que Tito conociera muy mal á los cristianos y no se curara de ellos, Gratz, *Gesch. der Juden*, III, 403

Así fué destruído el segundo templo de Jerusalén, el 8 de julio del año 70 de J. C.

Pero la ciudad alta se mantenía aún; y el 1.º de agosto la tomaron los romanos y la incendiaron también. Tres fortalezas que los *zelotes* ocupaban en los afueras cayeron sucesivamente luego en poder de ellos. En la última, que llamaban Masada, viéndose ya perdidos los judíos, degollaron á sus mujeres y á sus hijos, y teniendo cada cual abrazados los cuerpos de tan caras víctimas ofrecían la garganta á los que la suerte había designado para prestar á sus hermanos este último servicio, en que ni víctimas ni victimarios flaqueaban.

Cuando los romanos entraron en la plaza, sólo encontraron el pavoroso silencio de la muerte, turbado apenas por el sordo rumor de las llamas, porque los últimos *zelotes* añadieron el horror del incendio á tantos otros horrores.

Este fué el último acto de aquel espantable drama. Según la cuenta de Josefo, que dicho sea de paso, exagera todos los números, hubieron de perecer un millón y cien mil judíos, la mitad de ellos en Jerusalén. Noventa y seis mil quedaron prisioneros y de éstos, fueron vendidos unos, enviados otros á las canteras de Egipto y reservado el resto para los combates del Circo.

Después de la victoria era preciso recompensar á las ciudades de Siria por su fidelidad y buenos oficios: Tito les dió juegos y fiestas, en las cuales presentó á aquellos odiosos judíos desgarrados en el anfiteatro entre las zarpas de las fieras ó degollándose ellos mismos como gladiadores.

En Paneas, para celebrar la fiesta de su hermano, hizo perecer dos mil quinientos en las llamas y en el circo, y otros tantos en Beirut el día del cumpleaños de Vespasiano, reservando sólo 700 para seguir el carro triunfal en que su padre y él entraran en Roma.

Los cautivos vieron por sus ojos llevar delante de ellos los despojos del templo de Sion: la mesa de oro, el candelabro de los siete mecheros, los velos del Santo de los Santos, el libro de la ley (1). Delante de los profanados despojos iban Juan y Simón. Conducido este último al foro después de la solemnidad, fué apaleado cruelmente y después decapitado. Juan murió en la prisión. Medallas acuñadas en memoria de esta guerra, representaban una mujer llorando sentada al pie de una palmera con esta inscripción: *Judea captiva*.

Éralo en efecto y para siempre. Del templo no quedaba más que un montón de ruinas; de la ciudad santa, algunos lienzos de muralla ennegrecidos por el humo del incendio y amenazando ruina (2), y del pueblo judío, restos dispersos en las provincias, adonde va á perseguirlos el odio.

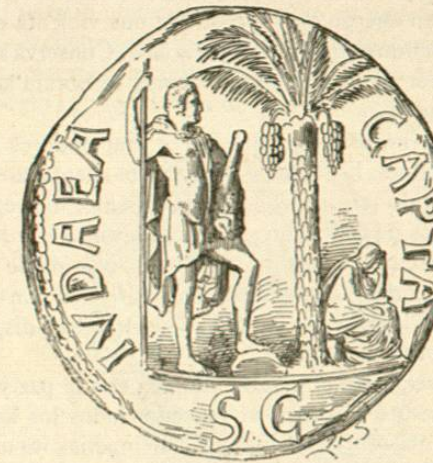
Vespasiano agregó luego toda la Judea á su dominio y ordenó que todos los judíos del imperio pagaran en ade-

(1) Aun se ven esculpidos en el arco triunfal erigido en Roma en memoria de este acontecimiento. Dícese que en 18 siglos no ha querido pasar jamás ningún judío por debajo de este arco. «Es de desejar, por honor de los judíos, que esta anécdota sea verdadera: los grandes recuerdos convienen á los grandes infortunios» (Mad. Stael, *Corina*, cap. IV). Según Orosio, trescientos veinte triunfos habían precedido al de Vespasiano y Tito.

(2) Tito dejó en pie, sin embargo, las tres torres de Hipicos, Fasael y Mariamne, la montaña artificial en que se alzaba el templo y que se ve aún, como también muchos otros restos de construcción evidentemente hebraica. Los romanos establecieron luego una guarnición de ochocientos hombres en el monte Sion. Habían encontrado tantas riquezas en el pillaje, que al decir de Josefo, bajó el valor del oro á la mitad en toda la Siria.

lante para el Capitolio las dos dracmas por cabeza que anualmente enviaban al templo de Jerusalén (3).

La guerra acababa de destruir casi al mismo tiempo los dos santuarios de las creencias religiosas que se repartían el mundo. Pero mientras el uno se levantará muy pronto resplandeciente de oro, permanecerá el otro eternamente en ruinas. Y es que ahora el último no es necesario. La idea que tenía encerrada en el *sancta sanctorum*, salió de él para extenderse por todo el mundo, y por ella, los vencidos de hoy serán los vencedores demañana (4); los fugitivos vendrán á ser conquistadores; los abrumados por la fuerza domina-



La Judea cautiva (Tesoro de Num.)

rán por el espíritu, y el Dios judío, arrojado por Tito del templo de Jerusalén, entrará como señor en el Capitolio de Roma, de donde Júpiter y todos los *dioses mayores* serán precipitados.

Refiere Tácito que antes del último asalto, las puertas del templo se abrieron de suyo, y que se oyó una voz sobrenatural que gritó diciendo: «¡Los dioses se van!» y al mismo tiempo todo el ruido de una partida.

Era el Jehovah mosaico, transfigurado por Jesús, que abandonaba su roca solitaria de Sion para venir á ser el Dios del universo y hacer reinar en él, por espacio de siglos y siglos, con la segunda *ley revelada*, una nueva teocracia llena de masedumbre para con los suyos, implacable como la judía para con sus adversarios. Pero un día, en el seno del mundo *renaciente*, se renovará la lucha, porque los dos pueblos que acaban de darnos tan terrible espectáculo representaban dos tendencias contrarias de nuestra naturaleza, cuya oposición no está cerca de acabar: la fe contra la razón, el entusiasmo contra la ciencia, la religión contra la política, el derecho divino contra el derecho natural.

### III. — VESPASIANO (69-79).

Las dos guerras que acabamos de referir nos han detenido en los extremos del imperio: volvamos, pues, á Roma, que dejamos el día siguiente de la muerte de Vitelio, con

(3) Josefo, *Bell. Jud.* VII, 6. En Cesarea se estableció una colonia exenta de capitación, y más tarde (bajo el reinado de Tito) de impuesto territorial (Dig., L., 15, 8). Además de la guarnición establecida en Jerusalén, conservó el imperio tropas en la Palestina, y como si este país se hallara en estado de sitio, el año 86 retuvo Domiciano sobre las armas á soldados que contaban 25 años de servicio, y á los cuales concedía los derechos del veterano, pero sin la *honesta missio*, es decir sin licenciarlos.

(4) San Agustín (*de Civit. Dei*, VI, 11): *victi victoribus leges dederunt*.

su Capitolio en cenizas y sus calles sembradas de cadáveres.

Los combates que la habían ensangrentado eran las últimas convulsiones de una anarquía de dos años. Comenzada en la Galia y en España, cuando la caída de la casa de los Césares hizo el gran vacío en que por poco no se abisma el imperio, la conmoción se comunicó á la Germania y á la Iliria, y de aquí á la Siria, á la Judea y á Egipto, y á la guerra civil «pasó sobre el universo como una tremenda expiación.»

Con todo eso, el espíritu de rebelión iba á extinguirse, faltó ya de estímulo, después de haber agitado todas las legiones y las provincias todas, y con esto se hallará el imperio como un gran cuerpo que, á costa de una violenta conmoción, ha repelido el mal que lo trabajaba. Conserva su principio; mas por algún tiempo á lo menos recobrará su tranquilidad y fuerza.

En efecto, no había ya que hacer emperadores ni que comprar legiones. Los jefes y los ejércitos aceptaban á Vespasiano, elegido por las legiones de Oriente; lo aceptaban los partidarios de Galba cuyas estatuas levantaba, y los otomanos, á los cuales había proporcionado ocasión de volver por su honor un tanto empañado en Bedriacum. En cuanto á las antiguas legiones de Germania, destruidas ó dispersas, ya no podían hacer nada.

Por esta vez, todo el mundo contaba con la paz y el senado se apresuró á otorgar al vencedor todos los honores y derechos que constituían la autoridad imperial, los mismos que se habían concedido á los emperadores precedentes. Sus dos hijos, Tito y Domiciano, recibieron los títulos de Césares y de Príncipes de la juventud, y Mucio las insignias del triunfo «por su victoria sobre los sármatas.»

Retenido por los vientos contrarios, sobre todo por una prudencia que no quería dejar nada al azar, Vespasiano estaba aún en Egipto, cuando llegó la noticia de la victoria de Cremona y la muerte de su rival. Llevada á lo lejos la fama de estos triunfos, resonaban ruidosamente en aquel Oriente tan lleno de supersticiones, y hecho crédulo por todo lo que había visto en aquella tierra de los prodigios y por la realización de las interesadas profecías del judío Josefo, comenzaba Vespasiano á mirarse como particularmente favorecido por los dioses ó le tenía cuenta hacerlo así creer. Apolonio de Tiane, á quien había llevado á las alucinaciones un riguroso ascetismo, estaba entonces en Alejandría: sus viajes al misterioso país de los brahmanes y sus continuas incursiones á todas las partes del imperio, excitaban donde quiera que se detenía una curiosidad que se guardaba muy bien de agotar con prolongadas permanencias. Si no se le consideraba aún como un dios, como harán los contemporáneos de Alejandro Severo, á lo menos pasaba por hombre de alta intuición para saber y predecir lo por venir.

Vespasiano quiso oírlo; más aún, él mismo tuvo visiones enviadas de lo alto, y para completar la semejanza con aquel rey prometido al Oriente, con que se entretenían las imaginaciones populares, hasta hizo milagros, curando en plena asamblea á un ciego y á un paralítico. En Oriente, lo maravilloso es siempre necesario; es el medio de acción que rara vez se desvía de su objeto, y los espíritus se prestan á ello tanto, que quien hace estos prodigios suele ser víctima de sus astucias ó de sus sueños.

Luego, la lengua tan llena de audacias y metáforas, añade la exageración de las palabras á la exageración de las cosas, de manera que hace pasar rápidamente un hecho del orden natural al orden sobrenatural. Oculta la verdad bajo esta doble envoltura, que la vista del pueblo no penetra jamás, no se encuentra sino muy rara vez, ni importa encontrarla tampoco.

Dejemos á Vespasiano hacer milagros, y aun creer que los hacía á los alejandrinos, á Suetonio, á Tácito y á Dion y notemos solamente que en aquel país y en tales circunstancias, esta conducta era hábil; no es ciertamente la habilidad que queremos, mas sí la que admiramos por su segura eficacia. Serapis, el gran dios de los alejandrinos, consagró con presagios ciertos la fortuna de este advenedizo, y el emperador plebeyo iba á llevar á Roma, á falta de la ilustración de los Césares, la adopción de los dioses: era un negocio bien manejado.

Su permanencia en Egipto no fué tampoco perdida para las cosas graves. Hizo útiles reformas en la administración de este país, que desde Augusto no había visto otro emperador, y á pesar de los alejandrinos, aumentó los impuestos debidos por tan rica ciudad. Desde allí vigilaba también la Judea, el Asia y el Africa. Vologeso le ofreció cuarenta mil jinetes que Vespasiano no quiso aceptar, bastándole algunas cohortes de vexilarios para atajar la insurrección del Ponto. En Africa cambiaba con el legado Valerio Festo, que mandaba las fuerzas militares en Numidia, secretos mensajes que preparaban su defección. El procónsul que administraba esta provincia senatorial, pensaba, según se decía, en aprovecharse del desorden para hacerse proclamar emperador. Era de la ilustre familia de los Pisones y cuñado de otro miembro de la misma casa, que Mucio acababa de ejecutar. Los jinetes del legado, que acudieron de Lambesa á Cartago, desembarazaron á Vespasiano de esta candidatura.

Sometida el Africa, se procura restablecer allí algún orden. Leptis y Ea se hostilizaban como Lyon y Viena en Galia, como Puzolo y Capua en Italia, como todas las ciudades de Sicilia, como muchas otras en las provincias. Sostenido por los garamantas el pueblo de Ea desolaba en sus correrías á sangre y fuego el territorio de Leptis; y para tenerlos á raya se enviaron algunas cohortes y escuadrones, que muy luego restablecieron la *paz romana*.

A lo largo del Danubio, los sármatas y los dacios habían hecho estragos en la Mesia, después de la partida de las legiones; pero habiendo aparecido allí Mucio con el ejército de Asia en tan buena ocasión, los expulsó allende el río; sino que volvieron á la carga, apenas se ausentó el general romano. Entonces Vespasiano envió á marchas dobles á Rubrio Galo, el cual libertó á la Mesia de sus enemigos y fortificó hábilmente las márgenes del río. Así, antes de que terminara la guerra civil, inauguraba Vespasiano su reinado pacificando las provincias y las fronteras.

De buena gana hubiera esperado también la pacificación de la Judea para volver á Roma con Tito; pero como se prolongara el sitio de Jerusalén, partió sin más demora, visitando de pasada á Rodas y otras ciudades del Asia Menor. Desembarcó en Italia al extremo de Calabria, y en Brindis encontró á Mucio y á casi todo el senado. Domiciano y parte del pueblo lo recibieron en Benevento.

Hacía ya cerca de un año que Vitelio había muerto; pero se había empleado bien el tiempo, terminadas dos guerras peligrosas y restablecido el orden en el conmovido y trabajado imperio. De las últimas agitaciones y contiendas no quedaban más huellas que las tristes ruinas del Capitolio y un deseo inmenso de reposo y tranquilidad.

Mucio había contribuido en gran manera á este resultado, viniendo á ser al mismo tiempo el Mecenas y el Agripa del nuevo Augusto. Dejando al emperador en esa lejanía que agranda las proporciones y aumenta el respeto, había tomado sobre sí la tarea, de suyo ingrata, de atajar la reacción contra los vencidos, de someter á los vencedores al yugo de la disciplina, de hacer volver á las sombras á los héroes de la guerra civil y de contener á Domiciano. Des-

pués de la muerte de Vitelio, de su hijo, de su hermano Lucio, de Asiático, el más odioso de sus libertos, que pereció en suplicio de cruz, y de un Pisón cuya popularidad lo inquietaba, puso ya término Mucio á las ejecuciones políticas: respetó la vida de la hija de Vitelio, y cuando Helvidio Prisco y Musonio Rufo comenzaron á hacer delaciones, dejó pronunciar algunas sentencias, y luego cortó estos procedimientos siempre peligrosos.

Antonio Primo ponderaba en demasía sus servicios y se los pagó él mismo metiendo la mano en el tesoro imperial y todo el cuerpo en la casa del príncipe como quien entrara á saco. Mucio lo colmó de atenciones; hizo que se le dieran las insignias consulares, y aun concedió gracias y favores á todos sus amigos; pero le despojó de todo poder y lo decidió con habilidad á volver al lado de Vespasiano, el cual lo recibió con honor sin concederle más prestigio (1).

La guerra de las Galias venía á propósito para librar á Italia de ejércitos embarazosos: quedaban aún en Roma los pretorianos licenciados de Galba, de Otón y de Vitelio y los legionarios flavios, á los cuales se le había prometido plaza en las cohortes pretorianas. No dándose Mucio mucha prisa en resolver este asunto, estalló una sedición, que hubo de calmar sin grande esfuerzo: les ofreció tierras, que no quisieron, y acabó por admitirlos á todos en el pretorio; pero organizado el servicio, fué licenciando uno á uno, sin voces ni ruido, á los que habían pasado de la edad reglamentaria, como también á los que cometían la más ligera falta.

Domiciano le dió más inquietudes. Este príncipe de diez y nueve años de edad, se había encontrado con Sabino en el Capitolio, del que sólo pudo salir á favor de un disfraz. Por el peligro que había corrido se creía uno de los vencedores y se la echaba de soberano, de tal manera que en un día hubo de dar veinte empleos. Vespasiano le escribió: «Te agradezco que no hayas querido nombrar también emperador.» Cuando se supo la sublevación de las Galias, celoso Domiciano de su hermano, quiso mandar el ejército y partió de Roma; y Mucio que no se atrevía á perderlo de vista, lo siguió; pero supieron al pie de los Alpes la derrota de los treviro, y entonces Mucio hizo ver al príncipe cuán poca gloria habría en ir á acabar una guerra que acababa ya de suyo y lo decidió á detenerse en Lyon.

Se cree que desde esta ciudad hizo sondear secretamente Domiciano á Cerialis para saber si en el caso de presentarse en el ejército le entregaría el mando. Cerialis eludió la contestación, y entonces Domiciano echando de ver con despecho que aquellos viejos políticos se burlaban de él, se retiró de los negocios públicos, y sólo se ocupó ya, al parecer, de versos y de literatura. Su hábil tutor lo condujo á Roma y desde allí fueron los dos á esperar al emperador.

Por desgracia vuelve á faltarnos Tácito en este lugar, y ahora para siempre. Nada se ha salvado de sus *historias* desde mediados del año 70, y henos aquí reducidos á las áridas biografías de Suetonio, á los fragmentos de Dion, y á los compendios de Aurelio Víctor y de Eutropio. El majestuoso río en que bebíamos y que corría á cauce lleno, no es ya más que un pobre arroyo. De todos los emperadores, Vespasiano es el que pierde más en ello porque fué, dice San Agustín, un príncipe excelente y muy digno de ser amado (2).

Llegó al poder en una edad en que no se cambia ya, á los sesenta años. No había sido nunca aficionado al juego ni al libertinaje, y conservaba su salud con un régimen frugal y aun pasando un día sin comer todos los meses. Su vida era sencilla y laboriosa: emperador, pasó todos los días parte de la noche ocupado en los negocios, y Plinio el Antiguo y muchos otros iban al amanecer á trabajar con él; en fin Trasea y Sorano los más virtuosos del senado, habían sido amigos suyos. Aquel soldado hecho á la disciplina, aquel advenedizo, que había conocido la miseria, era efectivamente el hombre que hacía falta al imperio.

En el palacio imperial no cambió en nada sus hábitos, vivía en él como antes, como simple ciudadano, y á todos abría sus puertas sin altivez ni aun recuerdo de ningún resentimiento (3); se burlaba de los que querían hacerle una



M. Ulpio Trajano, padre de Trajano (4)

genealogía y contestaba á los sarcasmos con chistes poco ácidos, pero que siempre eran preferibles á una orden de destierro ó á una sentencia de muerte. Capaz de gratitud, cosa rara en un príncipe y enemigo de la lisonja, sufría la verdad y los consejos (5). Dotó espléndidamente á la hija de Vitelio; no tocó á los bienes de los que habían combatido su causa y dejó á Mucio, á quien dos veces confirió la púrpura consular, que tomara el tono y las maneras de un colega más bien que de un ministro; sin debilidad, sin embargo, ni aun para su hijo Domiciano, á quien tuvo en estrecha dependencia.

Según las tradiciones de la primera corte imperial, recibía familiarmente á los grandes y los visitaba en sus casas sin aparato. Un día, quisieron inquietarlo hablándole de un personaje á quien prometían los astros el imperio. Vespasiano le dió el consulado. «Si llega á ser emperador, dijo, recordará á lo menos que le he hecho un favor.»

Vespasiano no tiene una fama ruidosa: se le conoce sobre todo por las anécdotas de Suetonio y de Dion. Nosotros mismos que hemos rebuscado sus actos, podemos decir que tomó á Augusto por modelo, y al decir esto hacemos todo el elogio que merecen sus facultades políticas. No levantaba sus miras mas que á poner orden en el Estado y en las rentas públicas; pero lo puso. Y si su principado,

(3) Un liberto de Nerón que lo había insultado en vida de este príncipe fué á pedirle perdón. Vespasiano le repitió la injuria y lo despidió riendo. Habiéndose trabado de palabras un senador y un caballero, el primero acusó al segundo de haber desconocido su autoridad. El príncipe decidió que no era lícito decir injurias á un senador, pero que lo era contestar á ellas (Suet. *Vesp.* 9).

(4) Busco grabado en lapislázuli. Camafeo mutilado de 22 milímetros por 20, que se atribuye dudosamente á Ulpio. Gabinete de Francia, núm. 239 del Catálogo.

(5) *Patientissimus veri* (Tácito, *de Orat.* 3).

(1) Tácito, *Hist.* IV, 80. Mucio alejó también de Roma las tropas adeptas á Primo, é impidió que Domiciano lo tomara á su lado, *inter comites*.

(2) *De Civ. Dei*, V, 21.

como los demás, no preparó nada para el porvenir, hizo en cambio mucho para el presente. Fué un reinado reparador, cuyos efectos se sintieron durante muchas generaciones, y este servicio vale por glorias más brillantes.

A ejemplo del segundo de los Julios, el primero de los Flavios se resolvió á tomar en el senado el punto de apoyo de su gobierno. Envilecida por tantos años de tiranía, necesitaba esta asamblea, ahora como un siglo antes, una severa revisión. Fuera de esto, las guerras civiles, las conspiraciones, el libertinaje habían castigado de tal modo á la nobleza, que, según testimonio de un antiguo historiador, no se hubieran contado entonces en Roma doscientas gentes. Este agotamiento de la sangre aristocrática parecía un peligro para los dioses cuyos altares iban á quedar en parte desiertos; y á los ojos del pueblo resultaba de aquí mengua de esplendor para la ciudad, que como la In-



Vespasiano (*Tesoro de Num.*, p. 20, núm. 9)

glaterra de nuestros días honraba á las familias nobles y les deseaba amplia y feliz existencia.

Vespasiano obró resueltamente. Investido el 73 con el título de censor, con su hijo Tito por colega, eliminó de la lista de los dos órdenes á los miembros indignos de tan alta magistratura, los substituyó con los personajes más distinguidos del imperio, y en virtud de sus facultades, como pontífice máximo, elevó á muchos al patriciado. Mil familias italianas y provinciales vinieron entonces á añadirse á las doscientas gentes aristocráticas que habían sobrevivido y constituyeron con ellas la alta sociedad romana, de donde se tomaban los candidatos para todas las funciones civiles, militares y religiosas (1). Prueba del

(1) Suetonio dice (*Vesp.* 9): *Amplissimos ordines exhaustos caede varia... supplevit... honestissimo... Italicorum ac provincialium allecto*. Aur. Victor (*de Cas.* 9) es más explícito: *Lectis undique optimis viris mille gentes composita quum ducentas agerrime reperisset, extintis saevitia tyrannorum plerisque*. En esta frase, gentes no puede tomarse por familias patricias. En la época de Aur. Victor aun el nombre de patricio en su concepto antiguo había desaparecido, pues se encuentra por la última vez en el edicto de Diocleciano sobre el *maximum*, y Gayo había ya dicho que hacía mucho tiempo que no existía el *gentilium jus*. El secretario de Adriano, que conocía bien la reforma de Vespasiano, no habla de gentes, y la razón indica que no siendo obligatorio el patriciado sino para ciertas funciones religiosas, no había que prodigar un título aun más respetado, pues los emperadores lo tomaban á su advenimiento, pero que en el Estado servía poco. La profusión lo hubiera envilecido, entonces que la política aconsejaba conservar su esplendor. Aur. Victor (*de Vir. ill.* 14) usa indistintamente las palabras *gens* y *familia*: sus *mille gentes* eran pues mil familias llamadas á Roma; estas para el senado, aquellas para el orden ecuestre, algunas para el patriciado, otras para los cargos, etc.

gran cuidado con que Vespasiano eligió los mejores, como dicen Suetonio y Aurelio Victor, es que en el número de los que nombró patricios se encontraban Agrícola, suegro de Tácito, que era de la Narbonense, el español Trajano, el galo Antonino, el uno padre y el otro abuelo de gloriosos emperadores, y que comenzó la fortuna de Tácito, acaso la de aquel Cornuto Tértulo, de que hace tantos elogios Plinio el Joven, de Licinio Sura, á quien Trajano hizo casi colega suyo, de Mauro Lusio Quieto, uno de los más diestros generales de la época, y de tantos otros antiguos romanos ú hombres nuevos, que fué á buscar á todas las condiciones y á todas las provincias.

Claudio había comprendido que este procedimiento para completar el senado era una necesidad del gobierno imperial; Nerón mismo había llamado á las más altas funciones al aquitano Vindice y al judío convertido Tiberio Alejandro; pero ningún emperador, desde César, había aplicado tan ampliamente como Vespasiano esta política liberal.

Sensible es que no tengamos datos acerca de esta renovación de la nobleza romana; acontecimiento notable, cuyo eco se encuentra en los versos de Estacio bajo el reinado de Domiciano, y que tuvo por resultado la dichosa época de los Antoninos. Aquella aristocracia tomada por Vespasiano de las ciudades provinciales, donde se había formado en los negocios públicos, y hecho á la economía, á la sencillez y al orden, llevó á Roma honestas costumbres que no conocían ya los descendientes de los procónsules republicanos, aquella *juventud dorada* cuya abominable licencia hemos visto bajo el imperio de Nerón. Ella suministrará los grandes emperadores del segundo siglo, los hábiles lugartenientes que los secundarán y senadores que no conspirarán ya sino de tarde en tarde, porque olvidados al fin de Bruto y de Catón, cuyas imágenes no se levantan ya en el atrio de estas nuevas casas, rara vez cederán á las malas tentaciones que daban á sus predecesores la ilustración del nombre, la influencia del dinero y la fatalidad de los recuerdos.

Así renovado el senado y hecho por un momento la representación sincera del imperio, sometió Vespasiano á su deliberación todos los negocios importantes. Asistía regularmente á las discusiones, y cuando dirigía á los Padres un mensaje, sus hijos, no su cuestor, iban á darle lectura. Con sus liberalidades superó el censo de algunos senadores, y para socorrer á los consulares pobres, creó un fondo de 500,000 sesteracios anuales.

Dice Suetonio, dando honrosísimo testimonio, que sería difícil citar un solo individuo castigado injustamente bajo su reinado, como no fuera en su ausencia ó á espaldas de él. Gustaba mucho de administrar él mismo justicia en el Foro, y á fin de liquidar la cuenta atrasada de la guerra civil, terminando pronto los innumerables procesos que sobrecargaron los registros de los centurviro, instituyó una comisión de jueces, sacados por suerte, la cual hizo restituir cuanto se usurpara á favor de las turbaciones. Con el mismo espíritu, rompió todos los créditos del fisco para no heredar nada de aquellos malhadados tiempos.

Las legiones, que habían hecho y deshecho cinco emperadores en dos años, desconocían ya la antigua disciplina. Vespasiano las atrajo á ella sin comprarlas. Las sediciones se acabaron ya, y aun los vencedores tuvieron que esperar mucho tiempo los donativos ofrecidos (2).

Las costumbres valían menos aún, y para reformarlas

(2) Los soldados de marina le reclamaban calzado para los frecuentes viajes que tenían que hacer de Ostia ó de Puzolo á Roma. El emperador los obligó á ir descalzos (Suetonio, *Vesp.* 8).

hizo algo mejor que leyes: dió buen ejemplo. Habiendo ido á darle las gracias, por el nombramiento de una prefectura, un joven perfumado, se desvió con repugnancia el príncipe diciendo con rudo acento: «Preferiría que olieras á ajo.» Y revocó el nombramiento. No hubiera hecho más Catón.

Así, Tácito data de este reinado un cambio saludable. «Vespasiano, dice, recordaba en su mesa y su porte exterior la sencillez antigua. El deseo de agrandar y parcerse al príncipe hizo más que las leyes, el terror y el castigo.»

En su obra de restauración comprendió, á ejemplo de Augusto, el culto oficial, y procuró también él reanimar un fervor que se extinguía. Sólo podemos entrever esta reforma en medio de las sombras que envuelven toda la historia de este príncipe; pero trabajó en ella, porque algunas inscripciones que aun leemos, lo celebran como «el restaurador de los antiguos ritos, de las ceremonias religiosas y de los edificios y lugares sagrados.» Uno de los templos que construyó, estaba dedicado á una divinidad extraña, á Claudio. Pero Claudio era el autor de su fortuna, y por otra parte, habiendo sido declarado *divus*, debía tener sacerdotes y altares: era pues legal.

Vespasiano no era nada aficionado á los espectáculos, sobre todo, á los de gladiadores; y no permitió en todo el imperio, sino á los efesios, instituir nuevos juegos. Pero impulsó las construcciones, porque quería, como Augusto también, que el pueblo pudiera ganarse la vida trabajando. Un mecánico prometía trasportar á poca costa enormes columnas al Capitolio. Hizo que le dieran una buena cantidad, pero desechó sus proposiciones diciendo: Deja que alimente á los pobres.

Apenas de regreso en la capital, puso manos á la obra con tal y tanto ahinco, que á la vuelta de algunos meses «las calles de Roma, impracticables antes por los trastornos del tiempo, quedaron en buen estado de viabilidad. La misma solicitud se extendió á las provincias. Reparó los acueductos, aumentó los manantiales que alimentaban las fuentes de Roma, y para desembarazarla de las ruinas en ella amontonadas desde el grande incendio de Nerón, prometió la propiedad del solar á quien lo desocupara, si los propietarios no lo hacían por su cuenta.

De su orden se comenzó la reconstrucción del Capitolio, pero la obra adelantaba poco. Cuando estuvo de vuelta, él mismo puso manos á la obra para escombrar llevando piedras á costas. Después de este ejemplo, nadie podía negarse al trabajo.

En el incendio del templo se habían fundido tres mil tablas de bronce en que estaban grabados los senadoconsultos y plebiscitos relativos á las alianzas, á los tratados y á los privilegios concedidos á varios pueblos: Vespasiano hizo buscar con diligencia copia de aquellas actas y reconstituyó los archivos de la historia nacional.

Augusto había erigido dos altares á la Paz. Vespasiano le erigió un templo, donde depositó los más preciosos despojos de Jerusalén; y á fin de mostrar al mundo sus intenciones pacíficas de una manera más eficaz, cerró por la sexta vez las puertas del templo de Jano. Añadió á los que ya existían otro foro rodeado de columnatas, y comenzó en el centro de la ciudad el inmenso anfiteatro, montaña de piedras que subsiste aún de pie en sus tres cuartas partes para asombro y admiración de los viajeros. Ochenta y siete mil espectadores podían acomodarse desahogadamente en aquellas gigantescas graderías. Una estatua colosal elevada cerca de allí por Nerón, pero que Vespasiano consagró al sol, le dió su nombre, el *Coliseo*. Por el *ius profe-*

*rendi pomarii*, derecho que le daban sus victorias, alejó también el muro de la ciudad.

En Italia hizo abrir un camino, que hoy llamaríamos túnel, al través de una montaña, para dar una pendiente más suave á la vía Flaminia; y en Herculano levantó de nuevo el templo de la Madre de los dioses, que había destruido un terremoto. Procuró también cortar las continuas invasiones de los particulares en el dominio público: en Roma encargó al colegio de los pontífices de hacer esta información, y en Pompeya, envió á un tribuno á medir los lugares, escuchar las reclamaciones y devolver á la ciudad lo que le pertenecía. El Vesubio iba á poner de acuerdo muy pronto y para siempre á los propietarios y usurpadores tomándose todo para sí mismo, hasta la vía de los sepulcros que lleva á la ciudad sepultada. En las provincias, reedificó el emperador á sus expensas ciudades arruinadas por los terremotos ó por los incendios, construyó caminos sin molestar á los ribereños, levantó monumentos útiles y terminó la cuestión de límites entre los pueblos.

Así no se comprende que, después de la enumeración de estos gastos, de los cuales unos eran necesidades y otros beneficios, le hiciera Suetonio una reconvencción que ha quedado como una sombra en su memoria: la de una sordida y culpable avaricia. Según este escritor, que escucha á todas las puertas y toma de todas las manos, anécdotas sospechosas y datos auténticos, palabras oficiales y chistes inventados en los salones de Roma, sin curarse de las contradicciones de su relato, Vespasiano vendía las magistraturas á los candidatos y la absolución á los acusados; recogía en abundancia algunos géneros para venderlos al pormenor; permitía, en fin, que los gobernadores pillaran sus provincias, para tratarlos luego como esponjas, que él exprimía en Roma, cuando volvían ya bien empapadas.

Tales mañas hubieran constituido un gobierno detestable organizando él mismo el despilfarro de sus propios recursos. Hecho á la disciplina y al orden, Vespasiano no tuvo jamás semejantes hábitos, á lo menos no encontramos nosotros el menor indicio de ellos en los hechos que han llegado á nuestra noticia. La elección de hombres es siempre excelente: en Bretaña Cerialis, Frontino y Agrícola, á quienes Tácito llama grandes hombres; en Asia, Silio Itálico, que, según testimonio de Plinio, logró allí mucha gloria; ya hemos dicho que abrió camino á la fortuna de Trajano y los Antoninos; y también honró el consulado llamando á él al célebre jurisconsulto Pegaso.

También nos representa Suetonio á Vespasiano partiendo con sus libertos los provechos que éstos sacaban de sus buenos oficios. Un día el liberto que conducía su litera se detuvo con pretexto de haberse desherrado una de las mulas, y un litigante se halló precisamente en aquel punto y momento para entregarle una instancia. «¿Cuánto te ha valido herrar la mula ahora?» preguntó al liberto. Y le exigió la mitad de la obvención. Otro liberto solicitaba una administración para un supuesto hermano. El emperador mandó llamar al pretendiente, se hizo dar la cantidad prometida y concedió la plaza. Los diputados de una ciudad fueron á anunciarle que sus conciudadanos habían votado cierta cantidad para erigirle una estatua. «Ponedla aquí, dijo Vespasiano alargando la mano; la base está dispuesta.» Añádase también si se quiere, el mote de *Seis ábolos* que le pusieron los alejandrinos, y la parodia del bufón á sus funerales. «¿Cuánto por mi entierro? — Diez millones de sesteracios — Dame cien mil y échame al río.» Y el dinero de cierto impuesto á que se oponía su hijo y del que Vesp-